

Enrique Patiño

SERÁ TARDE CUANDO DESPIERTE

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta

Imagen de cubierta: Enrique Patiño

© 2019, Enrique Patiño

© 2019, Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-8118-0

ISBN 10: 958-42-8118-6

Primera edición impresa en esta colección: septiembre de 2019

Segunda edición impresa en esta colección: marzo de 2020

Impreso por: Carvajal Soluciones de Comunicación S. A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

*«Si no hubiera lodo, ¿cómo podrían crecer los lotos?
Los lotos no crecen en el mármol».*

TICH NHAT HANH

*«Todo está entretelado. No podemos extraer la lluvia de las flores,
ni el oxígeno del árbol. No podemos extraer al padre del hijo o al
hijo del padre. No podemos extraer nada de ninguna cosa. Somos
las montañas y los ríos; somos el Sol y las estrellas. Todo está
interconectado. Ninguna cosa existe exteriormente a las demás.
Así como la ola es el agua, así nosotros somos cada cosa».*

TICH NHAT HANH



Mis padres han sido el polo a tierra.

Amaia y Mikel son el aire y el vuelo.

Liliana, el fuego de quien vive con pasión.

Yo aspiro a ser agua. Gracias a mis cuatro elementos.

Para ellos va esto y todo.

SERÁ TARDE CUANDO DESPIERTE

■ Entonces, ¿voy a morir?

—Toda historia tiene su final.

—Eso es un sí.

—Ya conoce su destino.

—Hágalo ya. Acá mismo. Estoy preparado.

—No, hay procedimientos.

—Para qué, si al final moriré. Ya esta historia tiene un final sabido. No importa la hora entonces.

—Todas las historias tienen un final, y es el mismo. Lo importante no es saber cómo termina, sino lo que hay en medio. Eso es lo interesante.

—A mí no me interesa.

—A mí sí. Seguiré vivo, y yo, como se ha dado cuenta, decido su destino.

—Mi destino es mío. Usted solo da una orden final.

—En términos prácticos, vengo a leerle los cargos y a llegar a un acuerdo. Tiene una posibilidad.

—Me sorprende que venga usted en vivo, *Comandante*. Soy su máximo enemigo, según su propia opinión ante los medios. Pensé que una vez me capturara se olvidaría de mí y buscaría otro culpable para distraer a la opinión pública.

—Ya ve. Honor que le hago.

—Y no tengo posibilidad. Lo sé. Ya usted lo decidió.

—Queda una oportunidad. Hablemos en la sala de interrogatorios.

—Lindo nombre para una ratonera.

—¿O prefiere en esta celda?

—Elegir entre un muladar y un moridero. Difícil elección.

—Venimos en procura de una negociación con el señor juez, acá presente. Iré al grano: dígame su nombre...

—Soy un elemento maligno para usted. Es lo que le interesa, así que el nombre no importa.

—Los nombres importan. El suyo lo pronuncia todo el mundo, aunque lo conocen mejor con su alias.

—*Malahierba*. Llámeme así.

—Pero este es un procedimiento legal.

—Usted sabe todo de mí: lleva años buscándome, investigándome. Ya me tiene. Su pregunta sobra.

—¿Piensa burlarse de mí? No se lo aconsejo.

—*Comandante*, no es una burla. Los nombres no importan. El mundo se está acabando. Pronto seré un número, una cifra o un cadáver más. No importará el mío ni el suyo. Ningún nombre definirá lo que fuimos. Es formalismo, y yo estoy a punto de morir, así que me importan poco los formalismos en este punto de mi vida.

—Me gusta su forma de expresarse. Es un hombre educado. ¿Sabía que estudiamos en el mismo lugar?

—Sí. Usted salió un año antes que yo. Nunca nos cruzamos. Le decían la *Nutria*, lo recuerdo, por su cara larga y su mirada sin brillo.

—Jajajá, no lo sabía. Nadie me lo dijo de frente. Supongo que no me habría gustado entonces. Ahora tengo peores apodos. Para usted, atentamente, soy el *Comandante*.

—Son más los insultos que los apodos en su contra. Los primeros deben resonarle día y noche.

—El odio también alimenta... Pero siéntese por ahora. Señor juez, permítame a mí leerle los cargos a este hombre: quiero hablar con él. Además, es mi deber frente al mayor enemigo del Estado.

—...

—Blablablá... Cuántas palabras, juez. Hay que ser más ágiles con el lenguaje. Pierde usted el tiempo justificando con palabrería lo que realmente importa: este hombre es culpable y debe morir mañana en el paredón. Espere... Acá está lo que buscaba: usted está acusado de sedición y rebelión. Usted se ha alzado violentamente contra la Constitución y las leyes promoviendo la desunión con su mentira de que «robamos los recursos naturales del país». Usted se ha levantado contra la libertad y el orden estatal a través de la provocación, la conspiración y la invitación a la sedición al alimentar la idea de que el agua se va a acabar, por lo que la gente debe tomarse a la fuerza las fuentes hídricas que están bajo nuestro control. ¿Se considera inocente o culpable?

—Muy culpable.

—Lo confiesa abiertamente...

—Desde el primer día. ¿Eso fue todo? Puede matarme ahora sí. O al menos déjeme ir a mi celda.

—En términos prácticos, eso fue todo. Confesó y no hay rebaja de penas. La decisión está tomada, juez. Confirme la

sentencia de muerte para mañana.... Espere... Mantenga la posibilidad de una cancelación en caso de que al final de la charla yo logre llegar a una negociación con este hombre. Puede retirarse, juez. También los guardias. Fuera todos. Necesito hablar a solas con el condenado.

—Qué honor. El *Comandante* quiere hablar conmigo a solas.

—¡Silencio!

—Ya está: me callo.

—...

—...

—Ahora que estamos solos: ¿quiere un cigarrillo?

—No fumo.

—Me cuesta creerlo. Es un revolucionario: el fuego está en su sangre. Usted dispara.

—Disparé unas cuantas veces. Por tonto primero, por inmaduro después, por presión de sus hombres. Porque pensaba en la justicia. Usted lo sabe bien. Me ha investigado. El resto es fuego verbal: hablo e inflamo e incendio los ánimos. Soy un pirómano de ideas. Nada más.

—Es un revolucionario. El cabecilla de esta insurrección innecesaria y estúpida que pretendió desestabilizar al país, sin éxito. Pero no voy a eso: me tomé el trabajo de venir a hablar con usted para hacerle cambiar de idea o para que, si no lo hace, cumpla su sentencia de muerte.

—Sé cuál será mi desenlace, diga lo que diga, haga lo que haga. Usted me matará. Ya me lo dijo.

—No esté tan seguro. No soy tan cruel como cree: doy oportunidades.

—Dígame algo, antes de comenzar con este interrogatorio inútil: ¿Usted es consciente de que también morirá?

—Todos moriremos. No hay novedad en eso. Todas las historias tienen un final.

—Usted sabe a qué me refiero.

—Sí sé. No soy tonto. A lo de la sequía. Pero eso es alarmismo. Ustedes están peleando contra el enemigo equivocado.

—¿Es en serio que no se lo cree?

—¿Es en serio que usted sí se lo cree?

—¡Claro que sí! ¿Acaso no ha visto cuántos ríos se han secado en los últimos años? ¿No ha visto cómo especulan ustedes mismos y los empresarios con el agua? ¿Cómo compraron las grandes empresas las fuentes hídricas y venden el líquido a precio de oro? ¿Cómo se han muerto poblaciones enteras y otras se han ido porque se acabó el agua? Usted lo sabe. ¿Quiere cifras?

—Alarmismo, *Malahierba*. Usted es otro tonto que se creyó las ideas apocalípticas del fin del mundo. Los cristianos y decenas más de religiones vienen desde hace siglos hablando del fin de los tiempos, y nada que este planeta se acaba porque tiene el cuero duro. Es capaz de sobrevivir meteoritos, seres humanos, inundaciones y guerras. Usted es un ingenuo. Un tonto asustado.

—No se lo cree...

—Vamos al grano: vine a negociar con usted.

—¿Negociar qué?

—Su conversión.

—¿Mi conversión? ¿Qué es esto? ¿Soy acaso un hereje y usted es un miembro de la Inquisición?

—Empecemos por algo, tengo poder y usted no: es mi prisionero. Puedo enviarlo al paredón como acabó de ver, o no, y eso depende de usted. Lo hemos capturado. Usted es un proscrito, un bandido, un delincuente ante la ley. Yo puedo exigirle, usted no. Así que puede negociar o salirse de esta negociación.

—Las negociaciones se hacen entre pares.

—Jajajá, buen punto.

—Además, primero dijo que quería mi conversión. Eso es querer doblegarme.

—Me gusta la gente inteligente. Bien. Empezamos bien.

—Al menos tengo argumentos.

—No sea tan modesto: es inteligente. Lo que ha escrito lo demuestra. Sé que casi nadie lo lee, lástima, porque la gente ahora está distraída en sus pantallas y no tiene tiempo para gente como usted que quiere demostrarles cuán dormidos están. Pocos lo siguen porque usted es demasiado revolucionario y las personas se cansan de pensar y no quieren perder la comodidad de sus vidas. Pero es inteligente. Tiene argumentos sólidos. A mí casi me convence.

—¿Qué me faltó para convencerlo?

—Que yo soy más inteligente que usted. Yo me acomodo. Yo soy como las *morenas* que se ocultan entre las piedras más seguras de los corales y desde ahí atacan a los peces que pasan: yo sé ganar posiciones sin hacer demasiados aspavientos. Usted salió a dar la cara, a liderar batallas, porque según usted estamos robándole el agua a la gente. Yo sé lo que es cierto y lo que no, pero sé qué batallas me conviene dar. Y la suya no me interesa.

—Le doy crédito en algunas cosas: la gente está adormecida. Está tan cómoda que puede estallar un volcán a su lado y no correrán hasta enviar primero un mensaje de texto, tan intrascendente como todas nuestras vidas. Me leen poco porque hago pensar, y pensar cansa. Yo canso. Y sí, tengo argumentos porque he investigado hasta la saciedad. Pero hay algo que le discuto: que se acomode no lo hace más inteligente. Simplemente es que usted es más acomodado, más oportunista. Y usted sabe que tengo razón.

—Sobrevivo, digámoslo así.

—¿Para qué?, ¿para vivir más?

—Es una buena justificación.

—¿Para ver el horror que vendrá?

—¿Por qué no? Pero también porque no vine a dejar semilla, ni legados, ni obras memorables. Vine a comerme lo que había en este momento del mundo y me tocaba en turno.

—Suena justo y honesto. Y le hace honor. Hace poco me llamó alarmista...

—Lo es. Alarma a la gente. La lleva a creer que se va a acabar el mundo, que vendrá la sed. Usted no es sino un falso profeta que anuncia de nuevo las siete plagas de Egipto. ¿Recuerda qué pasó después de las siete plagas, por ejemplo? Egipto siguió y sigue existiendo. ¿Pasó algo después del diluvio? Nada. El mundo siguió y sigue. ¿Pasó algo con la última glaciación? Que yo sepa, acá seguimos. Pero dejemos atrás la religión y la historia: usted le dice a la gente que va a perder su seguridad, que va a perder su vida cuando se acabe el agua. Eso es alarmismo.

—Pero es cierto. Hay poquísima agua. Alcanza para dos meses, tres a lo sumo, en las ciudades principales, porque el resto ya no tiene. Y luego no tendremos más. Usted, si es inteligente, lo sabe. Y usted, yo sé, lo sabe bien.

—El agua siempre ha vuelto. Siempre volverá.

—Eso es optimismo desbordado.

—Lo contrario a su alarmismo...

—Mi alarmismo no es comparable al suyo.

—¿A qué se refiere?

—A que usted, todos ustedes, han desviado la atención. Dicen que nosotros somos el peligro, que polarizamos, que desviamos el foco de lo que verdaderamente importa: el orden y la seguridad del pueblo.

—Es cierto.

—Pero esa no es la verdad. Es solo el comunicado oficial.

—Pero la gente ve la palabra ‘oficial’ y lo cree. Tiende a creer más en lo que viene de una fuente que tenga renombre, aunque la engañen, usted lo sabe. Y los medios replican todo. Es fácil.

—Éramos un grupo de jóvenes que no quería más mentiras y por eso nos han arrestado, condenado y perseguido. Han difundido información falsa en los medios sobre nosotros; han fabricado noticias para hacernos ver como los enemigos del pueblo, cuando somos nosotros los que nos preocupamos por despertar a los demás, por ayudar. Y mientras tanto ustedes saben, porque lo saben, que se está acabando el agua.

—La nuestra no es información falsa. Es información, y punto.

—¿Cuál es la diferencia?

—Quien la divulga. Si proviene de fuentes oficiales, la gente la cree, se lo dije. No duda jamás. Si proviene de ustedes, es falsa.

—Pero mienten.

—La mentira depende de la óptica del que la reciba.

—¿Qué quiere decir?

—Si la decimos nosotros, si proviene del poder, la gente la siente como una protección, como un consejo amistoso. Es como cuando una madre le dice a su niño asustado que no hay monstruos debajo de la cama, aunque sí estén ahí. Él puede que los haya visto, pero sabe que su madre lo engaña para protegerlo, y acepta sus palabras. Somos ese alivio, ese aliento para el que se siente desprotegido. Creamos el monstruo y luego damos el consuelo: todo el paquete. En cambio, cuando viene de una fuente incierta, pocos le creen. Ustedes son la fuente incierta, son como ese niño antipático que quiere arruinar los sueños infantiles, el que dice que no hay un Belén que traiga los regalos de Navidad, nadie necesita ni quiere a ese aguafiestas. El encanto es preferible a eso. Nosotros no engañamos: reitero, nosotros damos consuelo.

—Qué manera tan tierna de decirlo.

—Gracias.

—Lo digo en serio. Entiendo que al niño hay que protegerle sus sueños porque luego la sociedad adulta los aplasta, y que el Belén es una concepción mágica; que es valiosa la idea de bondad, y que las ilusiones no se deberían destruir con realidades que no vienen al caso. Pero otra cosa es morir sin despertar y vivir toda la vida engañados. No se trata del consuelo que dan. Se trata de que ustedes también crean los monstruos.

—Ustedes son los monstruos, *Malahierba*. Ustedes se crearon solos.

—Ustedes nos hicieron ver como los monstruos para luego venderse como los salvadores.

—También puede verse así. La mentira depende de la óptica del que la reciba y del que la cuente.

—Ustedes crearon el monstruo de la deforestación y la devastación de los recursos naturales. El monstruo del terrorismo. El monstruo de los enemigos. Muchos monstruos que en realidad son cosas menores pero agrandadas para poder aparecer como los salvadores.

—No solo fuimos nosotros. El mundo antes de nosotros lo hizo.

—Ustedes tampoco hicieron nada para detener el engaño cuando estaba más avanzado, cuando ya era evidente que no habría salvación.

—¿Sabe? Hay algo que admiro de usted. En estos minutos de conversación he notado que usted sí tiene argumentos. Pensé que llegaría acá a decidir su vida pronto, pero me apetece conversar un poco más. Voy a serle sincero: igual va a morir, a menos que al final acabe cambiando de opinión.

—¿Sincero? Si está hablando de la mentira, ¡ahora decide ser sincero!

—Le repito: estoy acá hablándole como amigo, antes de tomar la decisión definitiva de conducirlo al paredón. La pasión juvenil con la que defiende sus ideas me gusta. Es tan utópico, tan idílico y tan ingenuo que me conmueve. Quisiera tener algo de eso dentro de mí: ese ardor con el que ve el mundo tan dividido entre buenos y malos.

—No soy tan simple. Sé que somos una suma de matices y de grises.

—Déjeme acabar de elogiarlo. Le decía que quisiera tener algo de eso, pero ya no es posible. Ese mecanismo de inocencia se averió en mí hace un par de décadas. Quizás, le falta vivir un par de años para que le suceda lo mismo: si viviera más, la más alta probabilidad indica que usted terminará extinguiéndose, morirá su pasión y se apagará su candidez, su luz. A casi todos les pasa. En algún momento, el alma se envilece. Las personas se cansan...

En algún instante, los valientes tiran la toalla y se vuelven nada, o se pegan a un trabajo como una rémora a la piel del pez, y parasitan allí hasta archivar sus sueños, esos que tenían en el pecho y ahora guardan en una gaveta del escritorio. Ahí nadie los vuelve a ver. Tarde o temprano reniegan de la vida, o agachan la cabeza y se ajustan mientras ven televisión. Se mueren, se apagan. Entonces aceptan todo: consumen lo que les damos y se consumen ellos mismos. Bueno, no todos, debo ser justo: hay gente que se resiste.

Conozco algunos que envejecen y no aprenden a doblegarse, siguen tan lúcidos como los niños, soñando y batallando como si ardieran por dentro, como si estuvieran encendidos. Uno los ve retorcerse, inconformes, esperanzados, queriendo cambiar algo, crecer, aprender, aunque no les alcance la vida para tantas ganas. Leen, protestan, lo dan todo por sus causas, se ponen zapatillas deportivas y salen a respirar verde. No se sienten a gusto en el mundo que les hemos dado y buscan más, incluso en el final de su vida. Son necesarios porque dan la ilusión de que el mundo es distinto. Pero ¿sabe la verdad?, no lo

es. Así no lo hicimos: lo hicimos para que ustedes se apagaran. Porque apagados funcionan mejor.

—Ya entendí lo de su sinceridad...

—Yo admiro a los que arden, secretamente, no podría confesárselo frente a los guardias o el juez porque ellos se alimentan de mi verdad, o de mi mentira, como usted quiera llamarla. Pero ahora estamos solos y veo que sí es rival para mí, que usted sí arde como ardía yo alguna vez, antes de descreer de todo en este mundo. Me gusta la gente como usted porque amo ver cómo resisten, antes de que terminen igual: por apagarse. Usted, aún forma parte de los iluminados, pero puede que pronto, si viviera más, dejará de serlo, o puede que eso ocurra hoy mismo.

—Gracias por su fe en mí, irónicamente, claro. Ya no creo que cambie.

—Yo creo que sí.

—Igual ya no hay tiempo. Moriré. Luego vendrá la sequía y el caos. Usted tampoco sobrevivirá mucho, *Comandante*.

—Usted no. Yo sí.

—¿Cómo está tan seguro?

—Porque me he preparado. Aunque en mi forma de ser quiera ver frialdad, lo que yo veo es precaución: veo lo que viene y me preparo. Me iré a un lugar muy mío, que he reservado y nadie sospecha. Ahí sobreviviré. Veré desde allí cómo el mundo se apaga.

—Qué romántica escena. Qué maravilla. Admirable dejar morir el mundo y verlo apagarse.

—Ver apagar el mundo es romántico, no lo dude, tanto como ver morir el día o la luz de una vela. ¿No le parece

romántico ser el único que queda en una playa viendo cómo el sol desaparece? Saber cómo quedará el mundo cuando ya no haya nadie más... Volver a sentir el silencio, sin obligaciones, sin exigencias, sin más gente que le robe el tiempo.

—Un momento: hay una contradicción en sus palabras. Más allá de que quiera enojarme diciéndome tonterías, veo que usted sí sabe que hay un peligro.

—Claro que lo sé.

—Pero dijo hace poco que yo era alarmista, que era un tonto por creer en el fin del agua y de los recursos naturales.

—Lo de tonto no lo dije. Y me reafirmo: usted genera pánico con sus palabras.

—Pero, acaso ¿es peor ser alarmista que ocultar la verdad?

—Mire: le dije que ahora sí iba a ser sincero con usted. Lo estoy siendo. No pierdo nada.

—Pues muchas gracias, pero usted me confunde. ¿Sabe el horror que vendrá y no hace nada?

—Si usted es un padre y quiere proteger a su hijo de la peor tragedia de la familia, no le cuenta nada a ese hijo, a menos que la realidad sea inevitable. Si usted es un hijo y quiere evitar el sufrimiento de su padre, no le revela la enfermedad mortal que le acaba de confesar el médico para permitirle vivir en paz sus últimos días. No siempre la verdad sirve.

—Claro que sí sirve, la verdad permite reaccionar. Prefiero la verdad. Además, si uno nunca sabe qué está perdiendo, ¿cómo va a intentar darle la vuelta a la situación?

—La verdad es como la mentira. Es válida dependiendo de quién la cuente y también, de quién la reciba. Ya hablamos de eso.